

"Asilo por compasión"

Comedia de intriga en 1 acto y 1 prólogo

PERSONAJES

Los ancianos del asilo

EVARISTO

DOROTEA

SEBASTIAN

REMIGIO

CRISTINA

PILAR

Y los demás personajes

SARA... Una trabajadora del asilo, joven

LUZ... Dueña del asilo, mediana edad

ERNESTO... Cabo de la guardia civil

CHEMA... Compañero del anterior, novato recomendado

La obra se ambienta en Asturias, en una época no muy actual, pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares.

PRÓLOGO

Una sala de un asilo, donde se juntan los viejos para jugar, hablar o lo que sea. Hay en el fondo un mueble, una mesa en el medio, y algunas sillas por los lados. Todo muy pobre y mal cuidado. Están todos los viejos que hay en este momento en el asilo, EVARISTO, DOROTEA, CRISTINA, REMIGIO, SEBASTIÁN y PILAR, ellos en una mesa echando una brisca, DOROTEA y CRISTINA haciendo punto y PILAR haciéndose la manicura.

EVARISTO.- *(Viejo de genio, lleva la voz cantante ente los demás)* ¡Arrastro!

DOROTEA.- *(El contrapunto de EVARISTO, con más genio aún)* A ver si damos menos voces, que para jugar a la brisca tampoco hace falta gritar.

SEBASTIÁN.- *(Más tranquilo que los otros. Aún piensa que es un Don Juan)* Vas cargado, ¿verdad? Toma, el dos de copas, y vas que chutas. Juega, Remigio.

REMIGIO.- *(El pobre viejo tiene alzheimer, está más para allá que para acá)* Una sota y un dos, que hacen diez... ¡El cinco de oros! ¡Escoba!

EVARISTO.- Haz el favor, ¿eh? Estamos jugando a la brisca. Es mía. *(Recoge la baza y roban)* El rey de oros, a ver si es verdad que no hay triunfos.

SEBASTIÁN.- Tengo aquí el cuatro, así que voy poner un puntalillo.

REMIGIO.- *(Coge el cuatro y posa otra carta)* Esta me viene de perlas. ¡Chinchón!

EVARISTO.- Ay, Dios, si la culpa es nuestra, por jugar con él. ¡A la brisca, Remigio! ¡Estamos jugando a la brisca!

DOROTEA.- Oye, que el pobre lo que tiene es alzhéimer, no sordera.

EVARISTO.- No juego más. Así no hay manera. *(Tira todas las cartas)*

REMIGIO.- *(Pone inmediatamente la mano encima de ellas)* ¡Burro! Hala, habéis perdido.

EVARISTO.- *(Se levanta y se aparta)* Y tan burro. *(Lía un cigarrillo)*

DOROTEA.- Mucha falta no te hace a ti eso.

EVARISTO.- Que me lo hubiese quitado mi difunta, pase, pero tu no eres nadie para quitarme a mi de fumar.

DOROTEA.- Por que nos molesta el humo. ¿A que nos molesta el humo?

CRISTINA.- *(Otra de las viejas)* Vaya... ¡Una barbaridad!

PILAR.- *(Vieja muy coqueta, no acaba de darse cuenta que ya se le ha pasado el arroz)* Y además es muy malo para el cutis.

- EVARISTO.-** Pues lo voy a fumar porque me da la gana, ¿tiene alguien algo que decir?
- LUZ.-** *(Entra en ese momento, hosca. Es la dueña del asilo. Seria y enfadada todo el tiempo)* Sí, yo.
- EVARISTO.-** *(Acobardado)* No, si no lo iba a fumar, estaba tomándoles el pelo. *(Lo guarda)*
- LUZ.-** A ver, que no tengo todo el día. Sentaos, que tengo algunas cosas que deciros. *(Se sientan, un poco acongojados)* Lo primero, Evaristo, la próxima vez que te vea con un cigarrillo en la mano, corto por lo sano, y lo digo literalmente.
- EVARISTO.-** Que me dará más a mi que me corte el cigarrillo. Lío otro y san se acabó.
- LUZ.-** ¡Lo que corto es la mano! ¿Está claro?
- EVARISTO.-** Está, está.
- LUZ.-** Hoy han vuelto a ir platos para la cocina con comida. ¿Qué pensáis, que lo regalan? Hoy por la noche vais a cenar lo que ha sobrado.
- DOROTEA.-** Es que no estaba muy bueno...
- LUZ.-** ¡Alto! Dejad a la marquesa de Villaverde. ¿Piensa que con los cuatro duros que nos da el estado podemos dar marisco todos los días?
- REMIGIO.-** ¿Hoy tenemos marisco para cenar?
- LUZ.-** ¡Tenemos cuernos!
- REMIGIO.-** Pues que los guisen bien, ¿eh? Que yo ya no tengo dientes para roer.
- LUZ.-** EL asilo está muy mal. Hay que apretar el cinturón, porque si no, vamos a tener que cerrar.
- SEBASTIÁN.-** Si apretamos más el cinturón nos va a dar dos vueltas.
- LUZ.-** Como si tiene que dar tres. Tengo pensado sacar este sitio adelante, a costa de lo que sea. Si os parecía que estabais mal hasta ahora, veréis lo que os viene encima. *(A gritos)* ¡Sara! ¿Viene el dichoso café?
- EVARISTO.-** Demonios, ¿nos van a dar hoy café? No empieza tan mal la cosa.
- DOROTEA.-** No sueñes, que será achicoria.
- EVARISTO.-** También vale. La última vez que nos dieron café para merendar a mi no me había salido aún ninguna cana... A lo mejor me han salido por eso, y se me vuelve a poner el pelo negro.
- LUZ.-** No te apures, que vas a seguir con las canas, que el café es para mi. ¡Sara! *(Es muy importante que toda la acción que viene a continuación suceda tal y como se explica, en ese orden, y sin que falte ningún paso, pues alteraría el resto la obra. Es también importante que toda la gente que coge o hace*

algo con la taza, lo haga en parte de espaldas al público. También es muy importante que todos recuerden bien donde empezó la escena, pues más tarde deberán de colocarse en la misma situación)

SARA.- *(La criada del asilo, una chica joven y apocada. Entra con una bandeja, con una taza, una jarra de leche y otra de café, y un cuenco con el azúcar.)*
Señora.

SEBASTIÁN.- *(Se acerca a ella)* Mira dónde está lo más lindo de esta casa. Menos mal que nos alegras la vista de vez en cuando.

LUZ.- ¿Qué, Don Juan? ¿No te parece que te queda un poco joven? Y tu, acaba y arrea para la cocina.

SEBASTIÁN.- Dame, anda, que yo lo dejo aquí. *(Coge la bandeja y la pone encima del mueble)* ¿La sirvo?

LUZ.- Tu ya no sirves para nada, panoli. A ver, Pilar, haz algo en vez de arreglar esas pezuñas, y sírvele el café. *(Mientras Pilar va y echa café en la taza, y se la pone encima la mesa, delante de ella)* Van a cambiar muchas cosas. Voy a hacerlas cambiar yo. *(Mira la taza)* ¡Pilar! ¡Con leche, coño!

PILAR.- ¿Yo qué sé cómo toma el café, si es la primera vez que lo toma aquí con nosotros?

DOROTEA.- Anda, Remigio, trae la taza, que le echo yo la leche. *(REMIGIO coge la taza y va despacio para el mueble, donde ya está DOROTEA).* Apura, Remigio. Gracias, hijo. *(DOROTEA sirve la leche)* Toma, dásela, a ver si revienta. *(REMIGIO lleva la taza, y luego se sienta. DOROTEA vuelve a su sitio)*

LUZ.- Sois un montón de inútiles. Ay, Dios, a lo que llega uno... *(Bebe y escupe)*
¡Puaj! ¿No había azúcar?

DOROTEA.- ¡Ya voy, ya voy!

LUZ.- No, deja, que lo haga Cristina, que ya veo que ni un café sabes servir.

CRISTINA.- *(Coge la taza y va para el mueble)* ¿Cuánto le pongo?

LUZ.- *(Casi a voces)* ¡Dos cucharadas!

CRISTINA.- *(Las echa)* Evaristo, toma, llévaselo tu, que yo no me atrevo.
(EVARISTO coge la taza y la lleva a la mesa)

LUZ.- *(Bebe)* Menos mal. Seis para preparar una taza de café como Dios manda.
¡Inútiles!

EVARISTO.- *(A la que va para su sitio)* Así se te atragante...

LUZ.- *(Tose)* Vaya... *(Tose más, y le falta el aliento).*

EVARISTO.- ¡Tengo poderes! ¡Que me vuelva millonario!

LUZ.- Ah... Ah... *(Cae encima la mesa. Quedan todos un momento parados)*

EVARISTO.- Oiga... *(La empuja)* Oiga...

SEBASTIÁN.- ¿Qué pasa?

EVARISTO.- Ay, Dios, que me parece que ha muerto... *(Todos un poco parados mientras cae el*

TELÓN

ACTO ÚNICO

La misma sala de antes, con la muerta en la mesa, tal y como ha caído, y los viejos en uno y otro lado sentados o de pie, con caras largas. En escena, CHEMA y ERNESTO, dos guardias civiles. SARA, de lado de la puerta.

ERNESTO.- *(El más antiguo de los dos, pero aún joven. De buen porte, y muy profesional)* Bueno, bueno, así que, ¿qué tenemos aquí?

CHEMA.- *(Recién salido de la academia. No se entera de nada.)* Mi cabo, a mi me parece que tenemos un cadáver.

ERNESTO.- Era una manera de hablar, Chema, ya veo que tenemos un cadáver. Venga, ponte a analizar la escena del crimen, mientras yo hablo con los sospechosos.

CHEMA.- ¿Que haga qué?

ERNESTO.- Busca pistas, Chema. Algo que nos pueda decir cómo ha muerto. Cualquier detalle puede ser muy importante. Míralo todo concienzudamente. *(CHEMA ni se mueve)* Pero, ¿te pones o no?

CHEMA.- ¿No dice que busque con el “cienzúdamente” ese? Estoy esperando que llegue.

ERNESTO.- Ay, Dios, ¿por qué me tocarán a mi todos los inútiles del cuerpo? Anda, Chema, busca por ahí a ver lo que encuentras. *(CHEMA saca una lupa y va buscando por donde el cadáver, mientras ERNESTO habla con los viejos)* ¿Alguien me puede decir qué ha pasado aquí? *(Miran unos para otros)*

DOROTEA.- ¿No lo ve, agente? Que Doña Luz ha estirado la pata.

ERNESTO.- No, señora, no la ha estirado.

CHEMA.- No quisiera contradecirlo, cabo, pero sí que la ha estirado.

ERNESTO.- No la ha estirado ella. ¡La han matado!

EVARISTO.- Oiga, ¿y cómo puede decir usted eso? ¿Tiene pruebas?

ERNESTO.- Muchas. Mi compañero ahora mismo se las va a decir, porque están bien a la vista. ¿Chema?

CHEMA.- *(Sube con la lupa en el ojo a mirar a Ernesto)* ¡Repámpanos! ¡Vaya pedazo de narices que tiene, cabo!

ERNESTO.- La lupa, Chema. *(CHEMA la baja)* Diles a estas personas los indicios que nos muestran que esto es un asesinato.

CHEMA.- ¿Quién, yo?

ERNESTO.- ¿Los habrás encontrado, no? Venga, danos todos los datos que has visto.

CHEMA.- Pues así a bote pronto... *(Revisa de nuevo el cadáver)* Yo diría que ha muerto a eso de la hora del café.

ERNESTO.- Hay que ser más conciso, Chema.

CHEMA.- Disculpe, pero usa unas palabras...

ERNESTO.- Más específico. No puedes decir sólo a la hora el café, hay que ir más allá.

CHEMA.- Ah, claro. El café era con leche. *(ERNESTO se desespera)*

ERNESTO.- Déjame a mi y aprende. *(Toca el cadáver)* El cuerpo aún está caliente, así que no hará más de una hora o una hora y media que ha muerto.

CHEMA.- Lo que yo había dicho, a la hora el café.

EVARISTO.- Pero eso no quiere decir que nadie la haya matado. Pudo ser... muerte natural.

ERNESTO.- Natural ha sido, sí.

EVARISTO.- ¿Entonces? ¿De dónde saca que esto es un asesinato?

ERNESTO.- Porque lo natural es que alguien se muera cuando toma... ¡Arsénico!

CHEMA.- ¡Arrea! ¿Y como sabe eso, cabo?

ERNESTO.- Sencillo, Chema. Mírale los labios.

CHEMA.- Demonios, ¿se lo está diciendo la muerta? *(CHEMA pone la oreja a la boca del cadáver)*

ERNESTO.- Están morados, idiota, como los dedos de las manos, lo que indica envenenamiento por arsénico. Pero, por si eso no hubiera sido suficiente, el análisis de un pelo nos dará la confirmación.

CHEMA.- *(Arranca un pelo del cadáver y lo mira con la lupa)* Mi cabo, yo aquí lo único que veo es que esta mujer se había teñido. De rubio, más específicamente.

ERNESTO.- En el laboratorio, Chema. Anda, coge unos pelos, y guárdalos para llevarlos a la unidad. *(CHEMA lo va haciendo)* No hay duda ninguna. Alguien ha envenenado a esta mujer, y no vamos a salir de aquí hasta que aparezca el culpable. Ahora, quiero que salgan todos al cuarto de al lado y vayan entrando de uno en uno cuando los vayamos llamando. *(Salen todos los viejos y SARA, y CHEMA marcha tras ellos)* ¿A dónde vas, Chema?

CHEMA.- ¿No ha ordenado que saliéramos todos?

ERNESTO.- Tu no, berzotas. *(Cuando ya se hayan ido todos)* Escucha, para interrogar a los sospechosos vamos a usar la técnica del poli bueno y el poli malo, que es infalible para estos casos.

CHEMA.- ¿Y eso como es?

ERNESTO.- Pero, ¿tu en qué academia has estudiado? A ver, uno de nosotros tiene que ser muy duro con el testigo, y luego el otro tiene que consolarlo, porque así seguro que le cuenta las cosas. ¿Estamos? Yo voy a ser el malo, y tu el bueno. ¿Tienes claro lo que debes hacer?

CHEMA.- Como el agua.

ERNESTO.- Trae al primero. Empieza por el que se quejaba, que enseguida ha abierto la boca. Seguro tiene mucho que contarnos. *(CHEMA sale y entra con EVARISTO. ERNESTO a partir de ahora, muy duro y casi gritando)* ¡A ver, siéntese! *(CHEMA se sienta inmediatamente, un poco acobardado)* tu no, imbécil. ¡Él!

CHEMA.- Es que lo ha dicho tan fuerte... *(EVARISTO se sienta)*

ERNESTO.- Usted a mi no me engaña. ¡Usted ha matado a doña Luz!

EVARISTO.- Eso no es así.

ERNESTO.- Conozco a los de la su calaña. ¿Cómo lo ha hecho?

EVARISTO.- Pero, ¿a usted le parece que yo tengo cara de matar una mosca?

ERNESTO.- ¿Dónde ha conseguido el arsénico? ¡Venga, viejo, que no tengo todo el día! ¡Confiese!

CHEMA.- ¿Voy a llamar a un cura?

ERNESTO.- *(Aparte a CHEMA)* Haz de poli bueno. Defiende al testigo, que si no esto no vale para nada. *(A EVARISTO)* A ver, ¿qué estaba haciendo cuando ha muerto doña Luz?

EVARISTO.- Nada, estábamos todos aquí hablando con ella.

CHEMA.- ¿Y tiene testigos?

ERNESTO.- ¿No te está diciendo que estaban todos juntos? *(A EVARISTO)* ¿En qué momento echó el veneno al café?

EVARISTO.- Mira, chaval, en más de cinco años que llevo aquí en este asilo, no he tenido una taza de café en las manos, así que mal habría podido echar allá ningún veneno.

ERNESTO.- Me estoy hartando, viejo. Si no confiesa por las buenas, va a confesar por las malas. *(Se arremanga)*

EVARISTO.- Oiga, no irá a sacudirme, ¿eh?

ERNESTO.- De usted depende. O dice la verdad o empiezo a repartir estopa.

EVARISTO.- Les estoy diciendo la verdad. Yo esa taza de café no la he tocado para nada. No sé nada de ningún veneno.

ERNESTO.- (*Mira para CHEMA, que sigue un poco acobardado*) ¿Qué?

CHEMA.- Oiga, que yo tampoco he sido, ¿eh? No hace falta que me pegue.

ERNESTO.- (*A EVARISTO*) Vaya con los demás, y esperen a que los vayamos llamando, venga. (*EVARISTO se va. A CHEMA*) ¿Qué esperabas para hacer de poli bueno?

CHEMA.- ¿Para qué? ¿No dice que ha sido él? Si lo tiene usted clarísimo.

ERNESTO.- ¡Ay, Dios! Así no vamos a ningún lado, Chema. Vamos a hacer pasar al siguiente, y vamos a hacerlo al revés. Tu vas a ser el poli malo, y yo el bueno.

CHEMA.- ¿Y cómo lo hago?

ERNESTO.- Haz lo mismo que me has visto hacer a min. Asusta al testigo, y luego ya lo calmo yo para que hable. ¿Estamos?

CHEMA.- (*Envalentonado*) Venga, que pase. Ya verá que a duro a mi no hay quién me gane. Voy ser un duro, pero de seis pesetas.

ERNESTO.- (*Sale y entra con DOROTEA*) Siéntese.

CHEMA.- (*A voces*) ¡Venga, confiese! ¿Cuándo la mató?

DOROTEA.- ¿A quién, mozalbate?

CHEMA.- (*Se arremanga*) Ahora mismo voy a empezar a repartir estopa. ¿Cuándo ha echado el veneno en el café?

ERNESTO.- Calma, Chema, sin pasarse.

CHEMA.- ¿A que te caliento a ti también? Di, ¿cuándo la envenenaste?

ERNESTO.- ¿Yo?

CHEMA.- Ah, que me estoy liando. (*A DOROTEA*) ¿De dónde ha sacado el veneno?

DOROTEA.- Oiga, señor, yo no he envenenado a nadie.

ERNESTO.- Déjame a mi, Chema.

CHEMA.- ¡Apártate! ¿Habrá que empezar a dar guantazos?

DOROTEA.- No se atreverá.

CHEMA.- ¿Qué no? (*Intenta pegarle a DOROTEA y ERNESTO lo sujeta*)

ERNESTO.- ¿Qué haces, idiota? Señora, salga para fuera, que enseguida la llamamos. (*DOROTEA se va*) ¿Qué diablos estás haciendo?

CHEMA.- Lo siento, cabo, es que me he calentado. ¿No decía que tenía que ser malo?

ERNESTO.- Pero, ¿cómo se te ocurre pegarle a una mujer?

CHEMA.- Hago lo mismo que hacía usted antes. ¿No fue eso lo que me dijo?

ERNESTO.- Mira, voy a explicarte con calma cómo vamos a hacer el interrogatorio, y luego nos ponemos a ello, ¿vale?

SARA.- (*Pica y entra*) Disculpen, ¿van a tener a la gente de pie en el pasillo mucho rato? Ya no están en edad de estar así.

ERNESTO.- No, que entren todos a esta sala, y que nos esperen, que mi compañero y yo tenemos que tratar algunos asuntos.

CHEMA.- Si, me va a aprender a...

ERNESTO.- ¡Calla, so jumento! Hágalos pasar. (*Salen todos y entran de nuevo todos los viejos y SARA. Van sentándose cada uno donde puede, todos bien lejos de la muerta. Hay una pequeña pausa donde nadie parece querer hablar*)

EVARISTO.- (*Se levanta y espía por la puerta*) Dios, que bronca le está cayendo al chico. Oíd, a mi me parece que es el momento de hablar de esto, ¿no creéis?

DOROTEA.- ¿Hablar de qué, Evaristo?

EVARISTO.- Vamos a ver. A doña Luz la han asesinado, y al parecer ha sido uno de nosotros el que lo ha hecho. De eso hay que hablar.

DOROTEA.- A mi me da igual quien haya sido. El caso es que ya no tenemos que aguantar más a esa arpía.

PILAR.- ¡Ay! ¿Vosotros habéis visto lo guapo que es el cabo? Y a mi me parece que antes me miraba con unos ojos...

SEBASTIÁN.- ¿Qué te iba a mirar, mujer? Son imaginaciones tuyas.

DOROTEA.- Sebastián, parece que te ha salido competencia.

PILAR.- (*Se acicala*) Vaya por Dios, tengo la sombra de ojos en la habitación. ¿No me irías a por ella, Sebastián?

SEBASTIÁN.- Eso, Pilar, encima te voy a echar una mano.

PILAR.- ¿Me vas tu, Remigio?

REMIGIO.- ¿A dónde?

PILAR.- Ve al cuarto y tráeme la sombra de los ojos, anda.

REMIGIO.- Voy. (*Sale*)

EVARISTO.- ¿Queréis dejar de saliros del tema? Esos dos de ahí fuera no van a irse hasta saber algo.

REMIGIO.- (*Entra un poco asustado*) Escuchad. Ahí fuera hay dos guardias civiles riñendo. (*Pica a LUZ*) Oiga, doña Luz, están ahí unos guardias. Vaya a ver qué quieren.

CRISTINA.- El que no ha sido seguro es este infeliz. Remigio, que doña Luz está muerta, hijo.

REMIGIO.- ¿Cómo? Pues habrá que ir a llamar a la guardia civil.

PILAR.- Anda, Remigio, ve a donde te he mandado y deja esto para nosotros.

REMIGIO.- ¿A dónde me has mandado?

PILAR.- A mi habitación, a por la sombra de ojos.

REMIGIO.- Ah, voy. *(Abre y cierra la puerta asustado)* ¡Diablos! Hay dos guardias civiles en el pasillo riñendo.

CRISTINA.- No, si la culpa es tuya, Pilar. Menudo recadero te has echado.

EVARISTO.- A ver si nos centramos, puñetas. Vamos, que de aquí no va a salir, que al fin y al cabo, quien más quien menos, todos teníamos ganas de deshacernos de ella. ¿Quién ha sido?

REMIGIO.- Iba a ir yo, pero hay en el pasillo... ¿Quién estaba en el pasillo? ¿Y a dónde iba yo?

CRISTINA.- Por Dios, Remigio, siéntate y calla.

EVARISTO.- Dorotea, tu chocabas mucho con ella.

DOROTEA.- Los pasillos son tan estrechos...

EVARISTO.- Muy graciosa. ¿Cómo lo has hecho? Cuando le preparabas el café, ¿verdad?

DOROTEA.- Oye, chacho, a ver lo que dices, ¿eh? A lo mejor has sido tu, que también le has echado mano al café, y tienes bastante más mala leche que yo.

EVARISTO.- Si mal no recuerdo, la que le ha echado la leche has sido tu... ¡Y el arsénico!

SEBASTIÁN.- Evaristo, no seas así.

EVARISTO.- ¡No la tapes!

DOROTEA.- Oye, imbécil, que ese a mi no me tapa, me tapo yo sola.

PILAR.- De tan nerviosa que me estáis poniendo, no atino a pintarme bien.

EVARISTO.- A lo mejor estás nerviosa por otra cosa. Al fin y al cabo, tu has sido la que le ha echado el café.

SEBASTIÁN.- Deja a Pilar en paz, y si quieres sigue ensañándote con Dorotea, ¿eh?

EVARISTO.- Uy, para, que ha llegado el defensor de las mujeres. Serás infeliz. ¿No ves que no te hace ni caso?

SEBASTIÁN.- Ya quisieras tu tener la planta que tengo yo.

REMIGIO.- ¿Qué tiene, un geranio?

EVARISTO.- Pilar ha manipulado el café, así que pudo ser tan bien ella como Dorotea.

SEBASTIÁN.- Pero de Pilar respondo yo.

EVARISTO.- Estaréis compinchados.

PILAR.- Eso es lo que quiere él, pero yo soy mucha mujer para tan poco hombre.

CRISTINA.- ¡Ahora lo has matado!

EVARISTO.- Después de matar a doña Luz, igual le da matar a otro.

DOROTEA.- Oye, pasmado, cállate ya, ¿eh? ¿Qué tanto acusar y acusar? Tu también has tenido la taza en las manos. Es más, doña Luz ha muerto en cuanto se la has puesto delante. Y además, ¿no os acordáis lo que dijo nada más servirla?

REMIGIO.- Yo no.

CRISTINA.- Es verdad. Dijo: Así revientes.

DOROTEA.- Y entonces mismo reventó. ¿Qué? ¿Qué dices ahora?

EVARISTO.- ¿Y por qué iba a matar a esa mujer?

SEBASTIÁN.- No hacía ni un minuto que te había reñido por fumar. Estarías cabreado, ¿eh?

EVARISTO.- ¡Tu también has manipulado el café! De hecho, enseguida has cogido la bandeja de la chica. ¿Para qué? ¿Para echar el veneno en él?

SEBASTIÁN.- La taza también la había cogido Remigio.

CRISTINA.- ¿Cómo iba a ser Remigio?

DOROTEA.- O tu (*A CRISTINA*), que también la habías cogido. (*Hay un poco de lío mientras todos discuten y se acusan unos a otros. Con el ruido entran ERNESTO y CHEMA*)

ERNESTO.- ¿Qué pasa aquí? (*Contestan todos a la vez con acusaciones*) ¡Silencio! (*Callan todos*) No quiero más follón. Ni una palabra a no ser que nosotros preguntemos algo. ¿Está claro?

CHEMA.- Ahora pueden hablar, que está preguntando.

ERNESTO.- Y tu calla, ¿eh? Que me tienes hasta aquí. Voy a preguntarlo una vez más. ¿Quién ha matado a doña Luz? (*Contestan todos a la vez y señalando*)

DOROTEA.- ¡Evaristo!

EVARISTO.- ¡Sebastián!

SEBASTIÁN.- ¡Cristina!

CRISTINA.- ¡Pilar!

PILAR.- ¡Dorotea!

CHEMA.- Dios, no voy a tener esposas para tanta gente.

ERNESTO.- (*A REMIGIO*) ¿Y usted no dice nada?

REMIGIO.- Algo me suena de una sombra para los ojos, pero ahora mismo no caigo de lo que es.

CHEMA.- Entonces, ¿a quién detengo? *(De nuevo todos a la vez)*

DOROTEA.- ¡A Evaristo!

EVARISTO.- ¡A Sebastián!

SEBASTIÁN.- ¡A Cristina!

CRISTINA.- ¡A Pilar!

PILAR.- ¡A Dorotea!

ERNESTO.- A ver, otra como esta, y por mi padre que duermen todos hoy en chirona.

DOROTEA.- Ay, hijo, si durmieses normalmente aquí, no te daría más dormir en chirona. Seguro que está menos frío allá.

ERNESTO.- Por Dios, vamos a calmarnos, y a ver si de una vez aclaramos todo esto. He estado halando con mi compañero ahí fuera...

CHEMA.- ¿Hablando? Menuda bronca que...

ERNESTO.- ¡Calla, cuernos! Lo mejor es que hagamos una reconstrucción del crimen, que puede que eso nos dé una idea más clara de lo que ha pasado.

CHEMA.- Pero, oiga, eso no va poder ser.

ERNESTO.- ¿Por qué no?

CHEMA.- Porque la protagonista está muerta, ¿no se acuerda?

ERNESTO.- *(Se frota las sienes)* Después de esto tengo que pedir unas vacaciones... Largas, muuuui largas... A ver, vamos a echar a esta mujer en otro lado, para poder hacer la reconstrucción. Ayúdame, Chema. *(Cogen a LUZ, y la echan con cuidado en una esquina)* Bien, empecemos con la reconstrucción. Quiero que cada uno vaya a donde estaba antes de morir doña Luz.

CHEMA.- Entonces, ¿nos volvemos al cuartel? Nosotros estábamos allí.

ERNESTO.- No, Chema, no. Mira, tu vas ser doña Luz, ¿vale?

CHEMA.- ¡Eso, eso! A mi siempre se me ha dado muy bien hacer teatro. En la escuela, una vez hice de Don Juan...

ERNESTO.- ¿Tengo cara de que me importe mucho?

CHEMA.- No sabría decirle. Como siempre tiene cara de enfadado.

ERNESTO.- ¡Siéntate en la mesa, puñeta! *(CHEMA lo hace un poco cohibido)* Y ahora, venga, todos a donde estaban. *(Lo hacen todos, menos REMIGIO que se queda de pie sin saber muy bien para donde ir)* ¿Y usted?

REMIGIO.- No me acuerdo que hago aquí, como para acordarme dónde estaba hace un rato.

CRISTINA.- Tu estabas ahí, Remigio.

ERNESTO.- Venga, pónganse donde estaban, y vamos a reconstruir el crimen.

CHEMA.- Oiga, pero de mentira, ¿eh? Que el que hace de muerto soy yo.

ERNESTO.- (A SARA) Según me dijo cuando he llegado, usted vino con la bandeja y el café, ¿no? Hágalo y haga exactamente lo que hizo. Si alguien ve algo raro, o que no ha sido como recuerda, que lo diga.

SARA.- Bien, yo había entrado con la bandeja esa que está ahí.

ERNESTO.- Pero hágalo.

SARA.- (Coge la bandeja y va a la puerta). Entré y saludé. Y entonces se levantó Sebastián y se arrimó a mi.

ERNESTO.- Don Sebastián.

SEBASTIÁN.- (Se levanta y se arrima a ella) Y yo la saludé con educación.

EVARISTO.- ¿Con educación? Si te pusiste a piropearla nada más verla.

SEBASTIÁN.- Bueno, es verdad, algo le había dicho de lo guapa que estaba. Y entonces cogí la bandeja.

DOROTEA.- No, no, eso no fue así. Primero doña Luz lo había reñido por coquetear con la criada.

CHEMA.- Ah, entonces soy yo. **(Con voz de pito)** ¿Qué hace, Don Sebastián? Deje usted a la criada.

ERNESTO.- ¿Tu qué haces?

CHEMA.- Dice la señora había reñido...

ERNESTO.- ¿Y porqué pones esa voz?

CHEMA.- Eh, que yo hago teatro del método. Si no me meto en el personaje, no me sale. Cuando hice de Don Juan estuve tres semanas...

ERNESTO.- Calla, Chema, y haz nade más lo que yo te mande, ¿vale?

CHEMA.- (Para sí) Ignorante. Pues bien que me felicitaron en mi papel de Tenorio.

SEBASTIÁN.- Bien, la dueña me había reñido, y yo tomé la bandeja y la puse aquí encima. **(Lo hace)** Y luego fui a sentarme otra vez.

ERNESTO.- ¿No sirvió usted el café?

PILAR.- No, lo hice yo. **(Se levanta muy coqueta, y echándole unes miradas muy sugerentes a ERNESTO, que se muestra violento. SEBASTIÁN muy enfadado)** Serví el café en una taza, y se lo puse en la mesa a la señora. **(Lo**

hace. A la que va para la mesa, tropieza intencionadamente y se echa encima de ERNESTO) Uy, que torpe soy.

DOROTEA.- ¡Y qué fresca!

PILAR.- Menos mal que estaba aquí este mocetón para sujetarme.

ERNESTO.- Por favor, señora, a lo que estamos.

PILAR.- ¿Usted está casado? Yo estoy soltera.

EVARISTO.- Para desgracia de Sebastián.

SEBASTIÁN.- ¡La madre que te...!

ERNESTO.- No se desvíen, sirva el café. **(PILAR lo hace)** ¿Qué más?

PILAR.- Entonces la señora lo probó.

CHEMA.- **(Prueba el café)** Ajjj, está frío.

ERNESTO.- **(Asustado)** ¿Qué haces? ¿No ves que puede estar envenenado?

CHEMA.- ¡Ay, Dios! **(Escupe, y limpia la lengua con el mantel)** ¡Que a mi enseguida me sienta todo muy mal, que tengo el estómago muy delicado!

ERNESTO.- Hay que ir al médico inmediatamente, por si acaso.

SARA.- No, no se apuren. El café estaba bien. Había tomado yo una taza antes de ponérselo a la señora, y no me ha pasado nada. Tiene que ser o la leche, o el azúcar.

ERNESTO.- Dios, que susto. Vamos a seguir. Y tu, bobainas, a ver lo que haces.

CHEMA.- **(Se sienta de nuevo)** Ya le digo que me meto en el papel... Como cuando Don Juan.

ERNESTO.- Pues si no quieres ser uno de los espectros que salen en el Tenorio, no vuelvas a probar nada. Sigamos. A ver, doña Luz había probado el café. ¿Qué mas?

DOROTEA.- Protestó porque no tenía leche.

CHEMA.- **(Con voz de pito)** Este café no tiene leche... **(Con su voz)** Perdón, perdón.

DOROTEA.- Y entonces yo le pedí a Remigio que me acercase la taza.

ERNESTO.- Háganlo tal cuál.

DOROTEA.- Remigio, trae la taza de Doña Luz. **(REMIGIO va donde la muerta)**

REMIGIO.- No veo ninguna taza.

DOROTEA.- La de la mesa, Remigio.

REMIGIO.- **(A CHEMA)** ¿Usted se llama también doña Luz?

CHEMA.- **(Se levanta y saluda con educación, dando la mano)** No, soy Chema, tanto gusto.

ERNESTO.- ¡A lo que estamos!

CHEMA.- Le va a salir una úlcera como siga así... Toma, llévale esta taza a aquella mujer. *(REMIGIO lleva la taza a DOROTEA)*

DOROTEA.- Entonces yo serví la leche, y volví a dársela a Remigio para que la llevase a doña Luz. *(REMIGIO coge la taza y va donde la muerta)* ¡Para la otra doña Luz, Remigio!

REMIGIO.- Ah. *(Se la da a CHEMA)*

ERNESTO.- ¡Y no se te ocurra probarla!

CHEMA.- No, porque está fría.

DOROTEA.- Y luego ya fui a sentarme.

EVARISTO.- *(Se levanta como un resorte)* ¡Eso no ha sido así!

DOROTEA.- ¿Cómo que no, esperpento?

EVARISTO.- No. Cuando le habías dado la taza a Remigio, dijiste una cosa. ¿No te acuerdas?

DOROTEA.- Pues no, no me acuerdo.

REMIGIO.- Mira, algo así me pasa a mi. Creo que tiene la culpa uno con un nombre muy raro, como de levantarse... Alcéme, o algo así.

EVARISTO.- Pero me acuerdo yo. Dijiste: Toma, dásela, a ver si revienta.

DOROTEA.- También habías dicho tu...

EVARISTO.- ¡Ahí no hemos llegado todavía! ¿Ha tomado nota, señor?

ERNESTO.- He tomado nota, no se preocupe. Sigamos. ¿Qué mas pasó?

EVARISTO.- Pero, ¿para qué quiere continuar? Ya está todo claro. Dijo: A ver si revienta, y ha reventado. Para mi está clarísimo.

CHEMA.- *(Mira el café)* No, está más bien oscuro. Este café estaba muy cargado. A mi me gusta más con mucha leche, porque luego si no, me pongo nervioso.

ERNESTO.- ¡Nervioso me estoy poniendo yo! Señor, ya he dicho que he tomado nota, pero vamos a seguir hasta el final, ¿vale?

DOROTEA.- Eso, eso, siga hasta el final, que también escuchará cosas muy interesantes.

ERNESTO.- ¿Qué mas pasó?

CRISTINA.- Doña Luz había protestado porque el café no tenía azúcar.

ERNESTO.- ¡Ni una palabra, Chema!

CHEMA.- Bueno, bueno... Tampoco hay que enfadarse.

CRISTINA.- Entonces me ordenó a mi que se lo echase. Yo tomé la taza *(Lo va haciendo)*, fui al mueble, le pregunté que cuanto azúcar...

CHEMA.- Mucho, que soy muy goloso.